

SEGUNDO PUNTO.

Isaiás, el Profeta mas ilustrado acerca de los misterios del Calvario, se figura en un santo entusiasmo una nave despedazada, sin velas, sin remos, sin timon, embestida de furiosos aquilones, agitada de recios uracanes en medio de un tempestuoso mar, y como sorprendido exclama: pobre nave, quién te socorrerá? ¿De dónde te vendrá consuelo si te hallas sola, y entregada á la furia de un elemento enemigo? *Paupercula tempestate convulsa absque ulla consolatione* (a). ¿De quién es este retrato tan vivo? ¿A quién representa esa nave en borrasca sino á la afligidísima Maria al pie de la Cruz de Jesus su Hijo? ¡O tempestad deshecha la que levanta en el Calvario la crueldad de los Judios! Unas olas suceden á otras olas: brama el mar, y levanta sus aguas hasta las nubes; destrozan, despedazan la inocente carne de Jesus hasta desfigurarle, y no dexarle forma de hombre, como lo habia vaticinado un Profeta: *Non est spicies ei, neque decor*. Parece un leproso herido de la mano de Dios: el cuerpo lleno de llagas, ó por mejor decir, todo él no era sino una sola llaga; y como si fuera poco, que se abrieran en él profundas y penetrantes heridas, las aguas de la angustia afligen su espíritu hasta obligarle á clamar y representar al Padre su afliccion: *Salvum me fac Deus, quoniam intraverunt aquæ usque ad animam meam* (b). En tan deshecha borrasca naufraga aquella nave que nos traxo de léjos el pan de la salud. Penetran las olas de la tribulacion ese triste barquillo, le cubren, le inundan, ya es preciso preguntar con el devoto San Buenaventura: ¿dónde está

(a) Isai. cap. 54. v. 11. (b) Psalm. 68.

la triste Maria? *Quero Mariam*, y responder con el mismo que no se encuentra en el Calvario, porque se ha transformado en los clavos, espinas y cruz: *Quero Mariam, et invenio clavos; quero matrem Dei, et invenio spinas quia in ista conversa est*. Aquel suavísimo corazon de amor y de dulzura se ha convertido en corazon de dolor: ya no es corazon, sino hiel amarga y axenjo: *Non est cor, sed fel amarum, et absintium*. ¡Dolorosa Madre, quién te consolará, quién te dará la mano en tan deshecha afliccion! Tu hijo abandonado, agonizante, herido y lastimado, ¿quién hablará á la desconsolada Madre una sola palabra de consuelo? Pobre Madre, pobre Madre, te ves abandonada, y sigues la misma ruta que el Hijo: él morirá al golpe de trabajos y desastres inhumanos, y tú serás espectadora de sus dolores y su muerte sin hallar alivio ni consuelo: *Paupercula tempestate convulsa absque ulla consolatione*.

Si, devotos fieles, el cauce inagotable de las misericordias del Eterno se ha cerrado para Maria, está tan desamparada como el Hijo, y su dolor es irremediable. Las antiguas alegrías, aquellas palabras dulces, aquellos ósculos de amor con que la trataba como á Esposa, han desaparecido como el tabernáculo que se levanta para una sola noche, y la ha rodeado de hiel y de trabajo: *Circumdedit fele et labore* (a): el dolor la aguarda en la espesura del Calvario como el oso que pone asechanzas, y como el leon que se esconde en la cueva para asegurar la presa: *Ursus insidians factus est mihi: leo in absconditis* (b). No sé si diga, que Dios dispara saetas contra la triste Madre de Jesus, como si él fuese su enemigo: *Tetendi arcum suum, quasi inimicus*.

Jesuschristo en la cruz es rodeado de furiosos

(a) Thren. c. 3. v. 5. (b) Ibid. v. 10.

y carnívoros leones, que rugiendo al rededor intentan devorarle. María, qual otro Jacob, llena de amor, quisiera encontrar una mano poderosa para curar las profundas heridas que abren los dientes envenenados de aquellas fieras pésimas. Clama en el día y en la noche de su afliccion: pero no es oida, antes se abren cada instante mas ríos de sangre que corren de aquel bendito cuerpo, y bañan mas el corazon de María, que la misma tierra: *Clamabo per diem, et non exaudies*: en vano representa su afliccion: *Vide Domine quoniam tribulor*: su espíritu rebosa con las aguas del dolor, no resta lugar vacío para mas amargura: *Subversum est cor meum, quoniam amaritudine plena sum* (a). Pero aquel Dios que preparó una viuda caritativa para socorro del perseguido Elías: un Etiope que amparase á Jeremías maltratado de sus compatriotas: un Rey extranjero que auxiliase al fugitivo David, cierra sus oidos á los clamores de María, la desampara, la abandona, y se la muestra enemigo: *Tetendit arcum suum, quasi inimicus*.

La dolorosa María oye blasfemias contra el santo nombre de su Dios: sus ojos son testigos de las inmundas salivas que arrojan á aquel rostro en que se miran los Angeles: sus enemigos ensoberbecidos y furiosos pasan delante del Dios terrible con irrisión y befa; le zumban, le silvan, le dan palmadas, y preguntan burlándose: ¿es este el Mesías prometido? Nosotros le devoraremos al modo que las hambrientas fieras, quando ensangrientan sus dientes en la humilde presa. Los soldados dice San Cirilo (b), á presencia de la madre, despedazan con triunfo y risa los vestidos del Redentor. ¿Quién podrá ponderar, dice el Padre San Anselmo (c), el

(a) Thren. c. 7. v. 20. (b) S. Ciril. lib. 12. in Joan. c. 33.
(c) S. Ans. de compat. vir.

dolor de María á vista de tan desmedidos desacatos? Como otra Jerusalem pide auxilio en los dias de su calamidad: suspira para que el cielo envíe el remedio que la tierra le niega; pero el Dios terrible que envia fuego del cielo que abrasase á los mozuolos que motejaron al Profeta: que da permiso á la muerte para que acabe con Oza por haber sustentado el arca con mano temeraria: que toma venganza de Antioco por haber profanado el Santuario: este Dios de venganzas envayna la espada para no castigar á los profanadores del Dios del Templo, del Dios del Arca, del Dios de los Profetas: dexa padecer al Hijo, no menos que á la Madre: no oye sus súplicas, recibe sus clamores como enemigo, y multiplica sus saetas affligidoras: *Tetendit arcum suum, quasi inimicus*.

Un dolor se sigue á otro dolor: una lánguida voz sale de la cruz, el Salvador clama: *Sed tengo*. ¡Qué cuchillo tan penetrante para una Madre, que con mas ardor que David desea poder refrigerar las adustas fauces del Hijo de su amor fatigado, y sediento en la lid del Calvario! Si Agar no tuvo corazon para ver á su hijo agonizante al golpe de una sed consumidora, y le abandona por no verle padecer, *non videbo morientem puerum*, ¿quál estaria el alma de María mucho mas amorosa que la de la criada de Abraham mirando á un hijo digno de mayor compasion, y en angustia superior á la de Ismaél? Se consume su corazon de dolor, dice San Bernardino, vuelve los ojos al cielo tan fecundo de lluvias en ocasiones menos oportunas; pero le halla de bronce: Dios mismo que envió un Angel para que descubriese á Agar un pozo de agua; que obró igual piedad con Elías en el torrente *Carith*, y con Manasés en la fuente de Siloé, este mismo opone una densa nube entre el cielo y la tierra para que

320 . ANOÑES A SERMON XIV. DE LOS DOLORES DE LA SEÑORA.
no se oigan los clamores de María: *Opposuit nubem tibi, transeat oratio* (a). María está abandonada al dolor, el Padre Eterno la mira como enemigo: *Tetendit arcum suum, quasi inimicus*.
Acerquémonos al último espectáculo del dolor. La palidez, el caimiento se dexan ver sobre el rostro del Redentor. La muerte, el golpe decisivo de la muerte se presenta con todo su funesto aparato: el Hijo agonizante mira por la última vez á aquella dolorosa Madre anegada en un mar de amargura, y sus ojos casi apagados van á acabar de morir para ella. ¡Quáles serían las recíprocas miradas de María Santísima y su Hijo que agoniza! ¡Qué dolerosos y secretos serían los testimonios de su recíproco amor en esta triste separación! ¡Qué espada de dolor atravesaría entonces el alma de aquella afligida Madre! ¡Qué sacrificio, gran Dios, exígis de tal Hijo y de tal Madre! ¡Solo vos podéis declararnos el intenso dolor de aquel, y el sumo consuelo de ésta! ¡Ay, qué puro y santo es el incendio en que se abrasan; pero qué cruel! Jesuchristo envia por último hácia el cielo un fuerte clamor, espira y entrega á su Padre el espíritu, que de él habia recibido: *Inclinato capite tradidit spiritum*. Consumóse la grande obra de la reconciliación del mundo. Amor, ¡oh amor riguroso, é inflexible, ya no tienes mas que pedir á Jesuchristo, supuesto que ya no tiene mas que darte! Pero veo que ensangrienta su guadaña sobre el corazón de su tristísima Madre. Consumóse la pasión de Jesuchristo; pero puede decirse que ahora comienza la de María. ¡Ah, pérdida! ¡Ah, desamparo sin igual! ¡Dios de Dios! ¡Micas, lloroso Micas, enxuga tus lágrimas: no ignoro que un cuerpo de seiscientos hombres te ha

(a) Thren. c. 3. v. 44.

DE LOS DOLORES DE NUESTRA SEÑORA. 321
robado tus ídolos, á quienes adorabas como á Dios: *Deos meos, quos mihi feci, tulistis, et omnia, que habeo* (a). No obstante, tu pérdida es ninguna, comparada con la de María. Ha perdido un hijo, que por no tener padre, como hombre, era todo de su madre: ha perdido un padre á quien habia engendrado como madre, y que la habia formado como hija: ha perdido un esposo que era su amado, su amigo y el objeto de sus confianzas; ha perdido un Señor, á quien podia mandar, y el que la obedecia: ha perdido un tesoro, en quien estan encerrados los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios: todo lo ha perdido con perder la dulce sociedad y trato de Jesus, como lo reveló esta Señora á S. Genadio. ¡Qué criatura ha tenido pérdida semejante?
¿Pero ni quién se ha visto en el desamparo de María? Noemí pierde á su esposo, la Sunamitis á su hijo, Josef á su padre, Ana á Tobias, David á Absalon: motivos poderosos para un sentimiento grande; pero aun les resta un motivo de consuelo: Dios está con ellos, Dios no los ha abandonado, y con este auxilio los carbones encendidos del infierno no serian tormentos, ni affligirian demasiado. Pero María ha perdido á su hijo, y parece que el Padre se ha olvidado de sus afflicciones: *Dereliquit me Dominus, et Dominus oblitus est mei* (b). Ella es con preferencia por quien se dixo con mas razon que por Jerusalén: mi abandono y mi dolor durará todo el dia de mi vida: *Posuit me desolatam tota die mærore confectam*. ¡Qué amargura!
Y á quién te compararé, Virgen, hija de Sion, en el dia de tus desgracias? *Cui comparabo te filia Jerusalem?* El diluvio universal que inundó la tierra, y casi la reduxo á nada: una triste paloma,

(a) Judic. c. 18. v. 23. (b) Isai. c. 49.

Tom VI. Ss

que no encuentra donde fixar el pie: Jerusalem empapada en la sangre de sus habitantes, rodeada de enemigos, las virgenes pálidas, el santuario sin culto, los Sacerdotes sollozando y gimiendo: todos los tormentos de los Mártires son una sola gota comparados con la amargura de María. En efecto, en el diluvio se acordó Dios de los hombres en medio de sus iras, y les preparó una arca de salud: la paloma enviada por Noé para ser testigo de las ruinas del mundo, volvió al fin con un ramo de oliva, señal de paz y de serenidad: Jerusalem vió renovados los días de su juventud: los Mártires en medio de los tormentos fueron consolados por el Señor con visiones y favores celestiales. ¿Y la afligida María? En la tierra no halla sino implacables enemigos, y en el cielo ve á su Eterno Padre airado y sordo á sus clamores: busca quien la consuele y no le encuentra: *Consolantem me quæsiui, et non inveni.* Su dolor es semejante al mar, su desamparo no tiene semejante: *Magna est velut mare contritio tua.*

Hagamos una ligera reflexion sobre el entusiasmo de Jeremías, para dar la última idea del dolor y desamparo de la madre de Jesus: *Magna est velut gigas contritio tua*, como lee la paráfrasis de los Caldeos. Es decir, exceden las amarguras de María á las del resto de los vivientes, como el gigante excede á los pigmeos: el dolor de esta Virgen es un dolor gigante, dolor superior: *Magna est velut aqua calida contritio tua*, como vierte San Gerónimo. Es decir, los dolores del resto de los hombres son como el agua helada; el dolor de María es como el agua que hierbe, que adonde toca la carne forma ampollas, abre úlceras, y profundiza la herida con dolor mas penetrante que los fuegos encendidos, porque penetra los poros con mas facilidad: *Magna est velut mare contritio tua*, como

lee nuestra version. Es decir, otros dolores son rios y fuentes; el de María es un gran mar. Y como las aguas de las fuentes y de los rios son dulces, y las del mar amargas; así otros dolores en comparacion de los de María debemos mirarlos como dulces: *Magna est velut mare contritio tua*; como todas las gotas del mar son amargas, así el dolor de María fué contrario declarado del consuelo. Como los golpes del mar no cesan de embestir los peñascos, así las amarguras de María no cesaron de combatir su corazón. *Magna est velut mare contritio tua*, como el mar reúne en sí todos los rios y fuentes, así María todas las aflicciones de los hombres. De estos unos lloran la pérdida de sus bienes, otros la ausencia de sus amigos, aquellos el honor perdido, estos la muerte de sus hijos. María llora á un tiempo á su Príncipe, su Esposo, á su Padre, su Hijo, y con él todos sus bienes: *Magna est velut mare contritio tua.* No hay quien pueda sondear los abismos del mar; y no hay entendimiento humano, ni angélico, que conciba dignamente los dolores y aflicciones de María. Es necesario concluir, que ella fué la madre mas afligida, la muger mas desconsolada.

¿Y quien la ocasionó estas amarguras, sino nuestros pecados, y los extravíos de nuestro corazón? Lloremos pues amargamente el origen de tantos males: consuélennos nuestras lágrimas, acompañennos nuestros suspiros, y sea el bálsamo que cure sus heridas la contricion del corazón. Suplid, Madre afliccidísima, nuestra debilidad: socorred á los que os rodean en la amargura del Calvario: *Sancta Mater istud agas.* Te pedimos, por única gracia, que nos hagamos sentir el cáliz de tu pasión. Si te hemos ofendido, hiere por justicia nuestro corazón; si hemos sido fieles, te pedimos por esas llagas con el espíritu que tu apasionado San Buenaventura: *Si te offendi*

